

# RAFAEL LAPESA Y LA "RAÍZ HISPÁNICA" DE GARCILASO DE LA VEGA CINCUENTA AÑOS DESPUÉS

---

Aurora Hermida-Ruiz  
University of Richmond

---

*Misas por mi alma se digan mill  
Garcilaso de la Vega*

Este verano llegué a Madrid, entre otras cosas, con la intención de conocer en persona a Rafael Lapesa y de hablar con él. En la Real Academia de la Lengua, una empleada, que se confesaba cercana al crítico, me disuadió pronto de mi proyecto. "Lapesa —me dijo— está muy mal. Acaba de pasar un arrechucho que nos ha hecho temer a todos lo peor. Además, hablar con él no te ayudaría mucho. Rafael tiene ya muy pocos momentos de lucidez. Está perdiendo la memoria." Pensé que hablaba con conocimiento de causa y no quise corroborar lo que me decía ni insistir tampoco. Que Lapesa hubiera perdido la memoria, a sus más de 90 años, me parecía triste pero no sorprendente. A decir verdad, me parecía tremendamente sintomático. La amnesia, después de todo, era el problema que me preocupaba entonces y que explica este trabajo de ahora, cuyo objetivo no es otro que recuperar en la memoria la historia de una obra de Rafael Lapesa que ha sido literalmente fundamental en el garcilasismo: *La trayectoria poética de Garcilaso de la Vega* (1948). Quiero aclarar desde ahora que este trabajo no es un homenaje a Rafael Lapesa ni un intento de reivindicar su obra. Mi intención, eso sí, es recordar las circunstancias históricas en que Lapesa escribió *La trayectoria* para, a partir de aquí, explicar también la extraordinaria vigencia que esta obra ha tenido y todavía tiene en la cultura española contemporánea. Con ello quiero llamar la atención sobre una cuestión que, quizá por básica o por intrínseca, suele pasar muy desapercibida en la historiografía literaria. Me refiero a la trascendencia de la imaginación nacionalista en la narración de la historia literaria y, concretamente, en la construcción crítica de un autor tan nacional como Garcilaso de la Vega. Rafael Lapesa cambió el curso de los estudios garcilasianos al enfatizar, por primera vez, lo que él llamó la "raíz hispánica" de Garcilaso de la Vega, esto es, las deudas de toda la poesía de Garcilaso con el arte del cancionero castellano (17-65).<sup>1</sup> Sin dejar de afirmar que Garcilaso asimiló "por completo" el Renacimiento europeo (12), Lapesa se destacaba del garcilasismo anterior —concretamente de Margot Arce y su *Garcilaso de la Vega: Contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI* (1930)— al matizar de manera insistente que "sin

embargo, la raigambre nacional de la poesía garcilasiana era muy profunda" (48). En otras palabras, Garcilaso supo conjugar, de acuerdo con Lapesa, nacionalismo y europeísmo en una suerte de equilibrio perfecto. Como espero demostrar, el rotundo éxito y la sorprendente vigencia de *La trayectoria* se deben, muy especialmente, a la fórmula con que Lapesa consiguió nacionalizar o "españolizar" a Garcilaso de la Vega sin repetir ni confrontar tampoco las fórmulas propuestas por el Nacional-Catolicismo franquista y, al mismo tiempo, sin renunciar al europeísmo tantas veces esgrimido por el pensamiento liberal durante las primeras décadas del siglo XX, la época que José Carlos Mainer ha llamado la "Edad de Plata." Gracias a esa conjunción tan perfectamente armónica de nacionalismo y europeísmo que Lapesa diseñó en *La trayectoria*, Garcilaso de la Vega —el Garcilaso según Lapesa— ha podido desasirse de sus más que estrechos vínculos con la Dictadura franquista e integrarse plenamente en el patrimonio cultural de la democracia. Ha podido, en otras palabras, corregir o reescribir la historia de España. De ahí el problema de la amnesia a que me refería anteriormente y de ahí también la necesidad de reconsiderar la obra de Lapesa en el contexto de la historia.

Por cuanto implica para la recepción histórica de Garcilaso de la Vega, este trabajo completa y, hasta cierto punto, desmiente lo concluido por Jorge Urrutia en "El concepto de Garcilaso en el siglo XX;" un estudio que, no por casualidad, apareció en 1983. Tras dar una relación más o menos exhaustiva de la recepción de Garcilaso en España en tanto motivada por "la cultura, la ideología y la actitud del lector" (115), Urrutia concluía su estudio proponiendo la obra y la escuela de Rafael Lapesa como la primera aproximación a Garcilaso ideológicamente desinteresada en el siglo XX o, lo que es lo mismo, digna de verdadero crédito científico:

Era el momento oportuno para un libro inteligente que quisiera estudiar en profundidad la obra de Garcilaso. Y ese libro apareció. Se trata de *La trayectoria poética de Garcilaso de la Vega*, de Rafael Lapesa, una obra admirable que se convierte en la base imprescindible de la que partirán todos los estudios garcilasianos posteriores . . . No hay ya ninguna interpretación del hombre Garcilaso, sino un estudio científico de su poesía. (135; énfasis mío)

La obra de Rafael Lapesa es, sin ninguna duda, un hito en el garcilasismo contemporáneo y un trabajo verdaderamente admirable. Pero no es un trabajo que se pueda considerar "científico" si con ello se quiere afirmar que la visión que de Garcilaso tiene Lapesa en 1948 no está en modo alguno teñida o motivada por "la cultura, la ideología y la actitud" de Rafael Lapesa en 1948. Lo mismo se podría decir de Jorge Urrutia en 1983 y, junto a él, de todos aquellos críticos e historiadores de la literatura española que han venido considerando la obra de Lapesa

como "base imprescindible" para conocer a Garcilaso de la Vega. En cuanto a aquellos otros críticos que, con el firme y plausible objetivo de superarla, la han denostado como una ficción crítica sin paralelo alguno en la realidad de la historia, creo que ha llegado la hora de reconocer que poco hay de ficticio, de irreal o de metafísico en la obra de Lapesa o, quizá mejor dicho, que el vínculo de la obra de Lapesa con la realidad de la historia es, y muy precisamente, lo que explica su enorme trascendencia en el garcilasismo contemporáneo.<sup>2</sup>

En 1948 Lapesa publicó *La trayectoria poética de Garcilaso de la Vega* en la editorial de la *Revista de Occidente*; una revista que había sido un importante vehículo para la propagación del pensamiento liberal durante los años 20 y 30 y que, clausurada al comienzo de la Guerra Civil, apenas subsistía ya como mera editorial.<sup>3</sup> Haciendo un poco de memoria, hay que recordar que estamos en la terrible década del hambre, en los años más duros de la represión y censura franquistas y en pleno aislamiento internacional del Régimen.<sup>4</sup> Hay que recordar también que en 1948 se cumplen aniversarios muy importantes y que, de alguna manera, obligan a meditar y a hacer balance de la historia. Se cumple el cincuentenario del "desastre" del 98 y, también, la primera década desde la batalla del Ebro, la última gran batalla de la Guerra Civil y, por lo cruenta y lo decisiva, la más importante también para la propaganda de la "victoria" nacionalista (Giménez Caballero, 4).<sup>5</sup> Estos aniversarios que "se nos vienen encima"—como decía muy bien Goytisolo ante la inminencia del centenario en "El 98 que se nos viene encima"—suelen ser cruciales para la narración o reconstrucción de la historia, tanto más cuando el aniversario en cuestión es el del desastre del Imperio, con todo lo que supuso en el arte de hacer examen nacional de conciencia, y cuando a éste hay que superponerle además el de la victoria de Franco en la Guerra Civil.<sup>6</sup> En este contexto, tiene sentido que la ideología oficial no dudara en presentar a Franco como restaurador del gran Imperio español o, dicho de otro modo, que se afanara en hacer de Franco el heredero más legítimo de la historia y la tradición española, más aún cuando la victoria de las tropas aliadas había frustrado para siempre el sueño de un gran imperio fascista en Europa y cuando la marginación internacional de España desautoriza y pone en serio peligro la supervivencia misma del Régimen.<sup>7</sup> En este contexto, hay que entender también la disidencia; esas otras voces que, a la altura de las circunstancias, hacen también examen de conciencia y balance de la historia para explicar y explicarse la identidad cultural de España y su lugar en Europa.

Este mismo año de 1948 aparece el que quizá sea el balance histórico más importante de la disidencia. Me refiero a la obra de Américo Castro *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*; una obra en la que Castro, en el exilio y con una importante dosis de cargo de conciencia, se desdice

y desautoriza a sí mismo despejando la incógnita europea de su ecuación sobre la civilización española y afirmando que, efectivamente, España no tiene paralelo alguno en Europa.<sup>8</sup> Este mismo año, el joven falangista José Antonio Maravall escribe *El humanismo de las armas en Don Quijote*, una obra que hoy día ha caído bastante en el olvido pero que me interesa recordar por su filiación a la ideología oficial y, muy especialmente, por su interés en desautorizar la visión extremadamente laica y liberal del Renacimiento español que había sido la de la escuela de Américo Castro en los años anteriores a la Guerra Civil. Basta decir que en esta obra Maravall elige inspirarse en una escena poco nombrada del *Quijote* en la que el héroe se acerca a las aguas del río Ebro y, por una simple asociación simbólica, consigue que Franco, vencedor en la batalla del Ebro, aparezca en la imaginación del lector como el heredero más legítimo de su linaje heroico. En la introducción a su estudio, Maravall compara un encuentro fortuito con el cauce del río Ebro de dos grandes héroes de la literatura castellana: el conde Fernán González, héroe del poema épico sobre los orígenes de Castilla, y el héroe cervantino, don Quijote. Ambos héroes literarios, piensa Maravall, son “factores de la empresa secular que llamamos España y viven de la realidad de nuestra historia, que han contribuido a hacer” (4). Aunque, como buen historiador, Maravall no se olvida de puntualizar que cada uno de ellos ve el río Ebro de modo diferente y recibe ante él una distinta “impresión” o un distinto “sentir” (3), el método de la comparación no deja escapar la intervención constante de una nota que parece repetirse a lo largo y a pesar de la historia: el espíritu guerrero, “la heroica vibración de los dos personajes” y, por supuesto, el “mismo caudal” del río Ebro que, por extensión, viene a representar la continuación geográfica e histórica de esa “empresa secular que llamamos España” (4).

Un año antes de que se publicaran estas dos obras, en el 47, Menéndez Pidal también había sentido esta urgencia de la posguerra por hacer examen de conciencia con “Los españoles en la historia,” su prólogo general a la *Historia de España* que él mismo dirigía. En esta obra Menéndez Pidal pide perdón por su parte de responsabilidad en esta especie de guerra por la identidad nacional de España y dice algo que nos puede ayudar mucho a comprender el problema que Rafael Lapesa intentó resolver en su estudio sobre Garcilaso de la Vega. Con un cierto grado de amargura personal, Menéndez Pidal expone cuáles fueron los errores cometidos por su generación, la del 98, al repudiar y descalificar con tanto pesimismo el Siglo de Oro: el primero de ellos, la desnacionalización incomprensible de dos siglos de historia de España; el segundo, el abandono íntegro de toda la fuerza de la tradición al fanatismo de las derechas:

Este modo de concebir la tradición, no como directriz inmediata e invariable, sino como inspiradora, aunque es muy exacto, no es fácilmente comprensible a todos, y lo único que de él suele quedar en los ánimos es el repudio de los siglos XVI y XVII, sin compensarlo mediante alguna valoración positiva, así que tal repudio equivale a una desnacionalización... Tal pesimismo histórico constituía una manifiesta inferioridad de las izquierdas en el antagonismo de las dos Españas. Con extremismo partidista abandonan íntegra a los contrarios la fuerza de la tradición; dejan a las derechas disfrutar por entero del sólido apoyo de una afirmación entusiasta, personificada por un Menéndez Pelayo, quien con erudición y arte insuperables exalta toda la vida pretérita como gloria del pasado y guía del futuro. (xcii)

En 1947, cuando Menéndez Pidal escribía esto, Menéndez Pelayo ha sido convenientemente resucitado para convertirse en ideólogo por excelencia del Nacional-Catolicismo franquista y es su fanática visión del Siglo de Oro español, aquella del "martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio" la que efectivamente prevalece como ortodoxa en el discurso oficial.<sup>9</sup> Desde su profundo desacuerdo con esa visión y, sobre todo, desde la experiencia de la Guerra Civil española, Menéndez Pidal se hace eco del mito de las dos Españas y concibe el fanatismo político como el principal problema que envuelve el Siglo de Oro español y, con él, la interpretación total de la identidad cultural española. Esta concepción de Menéndez Pidal explica bien la solución que imagina su discípulo Rafael Lapesa.

En 1948 Lapesa tiene a su alcance dos visiones igualmente "fanáticas," por así llamarlas, del Renacimiento español: por un lado, ésta tan vieja y tan nueva de Menéndez Pelayo; por otro, la que él mismo aprendió, de la mano entusiasta y eufórica de sus maestros, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, en el Centro de Estudios Históricos que dirigía Ramón Menéndez Pidal.<sup>10</sup> Son dos visiones completamente enfrentadas entre sí. Recordemos que con su campaña de investigación del Siglo de Oro, Castro y su escuela intentaban "sacar a la luz lo que en España hubiese habido de europeísmo," normalizar la cultura española en el contexto europeo, naturalizar el pensamiento liberal y, consecuentemente, desarraigar o desnaturalizar en lo posible la tradición católica, a la que consideraban responsable última del atraso cultural de España.<sup>11</sup> En el año 48, esta visión de Castro se considera poco menos que como una traición a la patria eterna o, como diría el propio Ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, un intento ciego de "desnacionalizar" la tradicional cultura española "creyendo posible y fácil improvisar una cultura y borrar de las inteligencias y de los corazones ideas y creencias arraigadas para seguir el naturalismo, el materialismo y el positivismo histórico" (xv-xvi). Españolismo y europeísmo no podían estar más

diametralmente enfrentados entre sí.

Con el bagaje que suponen la experiencia de la Guerra Civil, el cierre del Centro de Estudios Históricos, el exilio de sus maestros y su propia decisión de continuar viviendo y trabajando en España, Rafael Lapesa sigue muy de cerca el ejemplo de Ramón Menéndez Pidal y se decide en el año 48 a acabar con todos los fanatismos de la posguerra escribiendo, no una magna obra sobre el ser o el problema de España, sino un librito, modesto y aparentemente inofensivo, sobre Garcilaso de la Vega.<sup>12</sup> Con ello intenta, una vez más, naturalizar o nacionalizar el Renacimiento europeo en España, sólo que esta vez se afana por diseñar un Renacimiento de todos y para todos; un Renacimiento que, frente a los otros, se caracteriza por el tono templado, la búsqueda obsesiva de equilibrio y, sobre todo, por el silencio. En otros lugares de su obra y, desde luego, en otros tiempos, Lapesa ha roto algunos de estos silencios y ha querido evocar las "circunstancias" en que se fraguó su trabajo crítico. En 1980, en la advertencia a la nueva edición de un trabajo suyo que apareció por primera vez en 1942, la *Historia de la lengua española*, recordaba Lapesa:

Sale de nuevo, tras peripecias que no vienen al caso, un libro nacido hace mucho tiempo, en circunstancias que sí merecen recuerdo. Corría el año 1937; en el duro Madrid de la guerra, yo estaba encargado de mantener la comunicación entre los restos del Centro de Estudios Históricos y la Junta de Ampliación de Estudios, trasladada a Valencia. Con tal motivo sostenía frecuente correspondencia con don Tomás Navarro Tomás, que en una de sus cartas me propuso que escribiera un breve manual de divulgación sobre la historia de la lengua española. Acepté y me lancé con entusiasmo a la tarea: en medio de la contienda fratricida se me brindaba la ocasión de hacer algo por la España de todos. (5-6)<sup>13</sup>

A la luz que proporcionan estos recuerdos, Garcilaso de la Vega se puede considerar también como una ocasión que aprovecha Lapesa para intentar reconstruir "la España de todos."

La selección de Garcilaso de la Vega como vehículo para arraigar el Renacimiento en España es, en esta primera década de la Dictadura, una acción atrevida por parte de Rafael Lapesa pero una acción que, en mi opinión, se debe entender en relación a la tremenda ruptura que supuso la Guerra Civil y a esa necesidad tan básica de reconstruir de algún modo la sensación de continuidad con el pasado. No hay que olvidar que, por una de esas grandes casualidades de la historia, Garcilaso de la Vega, muerto en 1536, comparte aniversario con el alzamiento de Franco en 1936 y que, por aquello que decía antes a propósito de los aniversarios y los balances históricos, se ha convertido en uno de los autores más nacionales o más predilectos de la ideología oficial. Interpretada como

un prodigioso designio, la coincidencia de aniversarios convirtió a Garcilaso de la Vega en el mejor símbolo o la mejor bandera para la España vencedora. Hubo otra coincidencia, además de la guerra, que sirvió para conmemorar a Garcilaso como un verdadero espíritu franquista: la ciudad de Toledo, cuna de Garcilaso y sede del Imperio, que Franco, con motivo de la defensa del Alcázar, supo aprovechar para poner, como ha dicho Raymond Carr, "a symbolic gesture above military considerations" (687). García Nieto, fundador en 1943 de la revista *Garcilaso. Juventud Creadora*, aprovecha ambas coincidencias, 1936 y la ciudad de Toledo, como un oráculo que proclama la hegemonía poética de los jóvenes franquistas:

En el cuarto centenario de su muerte (1536) ha comenzado de nuevo la hegemonía literaria de Garcilaso. Murió militarmente como ha comenzado nuestra presencia creadora. Y Toledo, su cuna, está ligada también a esta segunda reconquista, a este segundo renacimiento hispánico, a esta segunda primavera del endecasílabo. (. . .) Nosotros, vencidos por su paso militar y renaciente, actual y clásico, levantamos su nombre, como una invocación y una bandera, a la cabeza de nuestra empresa. Y afirmamos que lo cortés no quita lo valiente, ni tampoco lo valiente excluye lo cortés.<sup>14</sup>

Como ejemplo representativo se puede recordar también la antología *Poesía heroica del Imperio*, preparada en 1940 por Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco, ambos poetas de la llamada generación del 36, y publicada en la singular editorial *Jerarquía*. Esta antología propone a Garcilaso como el primer poeta "militar" del Renacimiento: "el primero y el mejor de todos. Por su vida, por su muerte, por su verso, por su amor, por su valor" (xv).<sup>15</sup>

Un autor tan arraigado en la historia nacional como Garcilaso de la Vega lo estaba en los años 40 no puede sino presentar serios problemas de continuidad para alguien que, como Lapesa, puede recordar un Garcilaso muy europeo y, sobre todo, muy distinto; sin ir más lejos el que había aprendido de sus maestros, Castro y Navarro Tomás, junto a Margot Arce, su compañera en el Centro de Estudios Históricos. Como Lapesa mismo reconocería más tarde, las huellas que Castro había dejado en la interpretación que ambos tenían de Garcilaso eran "imborrables": "Aparte del erasmismo, Mal Lara y Cervantes, el carácter renacentista de la poesía garcilasiana le daba tema para comentarios que no se recogieron en el libro [*El pensamiento de Cervantes* (1925)], pero que dejaron huella imborrable en Margot Arce y en mí, que lo escuchamos en clase (1971, 251)."<sup>16</sup>

Este conflicto entre el presente y el pasado explica bien la obsesión de Lapesa por resolver el enfrentamiento entre lo español y lo europeo en

un equilibrio perfecto. Sin tener en cuenta esta tensión, es imposible, en mi opinión, entender esa trayectoria tan limpia, tan recta y tan continua que diseñó Lapesa para Garcilaso de la Vega. Creo necesario citar a Lapesa por extenso:

La figura de Garcilaso ha sido objeto de numerosos estudios, algunos de ellos muy valiosos. . . . No parece, sin embargo, inútil el intento de reconstruir los pasos que marcaron el decisivo tránsito del poeta desde el arte de cancionero hasta el mundo quintaesenciado de las églogas... ¿Es posible explorar esa ruta? . . . Más de las cuatro quintas partes [de su poesía] corresponden a los años 1533-1536, cuando Garcilaso, en Nápoles y relacionado con poetas y humanistas italianos, había asimilado por completo el espíritu y el sentido artístico del Renacimiento. De las restantes obras, poco más de la mitad puede atribuirse con base firme a los años anteriores. Pero, aun así, un análisis minucioso que tenga en cuenta los motivos poéticos, la tradición literaria seguida y los rasgos personales, puede ilustrar algo sobre las conquistas que jalieron la trayectoria —límpiamente rectilínea— del autor. Además, entre el punto de partida y la meta alcanzada podrá admitirse una continuidad de actitud vital que representa quizá lo más enraizado y peculiar de la producción de Garcilaso: lo que infundió acento español a su maravillosa incorporación de temas italianizantes y grecolatinos. (11-12)

Nótese pues la síntesis “maravillosa”: prácticamente todo Garcilaso es europeo; el grueso de lo que escribió corresponde a una etapa de asimilación completa. Y, sin embargo, Lapesa intenta definir una trayectoria “límpiamente rectilínea” a partir de un origen español que enlace y demuestre, a la postre, que todo Garcilaso es español; la meta final es, pues, total y plenamente española. Consecuentemente, Lapesa divide su estudio en tres partes, muy similares, por cierto, a las tres vías de la unión mística: la primera corresponde a “la raíz hispánica” (17-65), la segunda, a “la asimilación del arte nuevo” (69-116) y la tercera, a “la plenitud” europea (119-166). En la primera, se destacan los rasgos de españolidad que acompañarán constantemente a Garcilaso además de aquellos otros de los que tendrá que purificarse o purgarse; en la segunda, se describe una etapa, rigurosamente estética, de “conflicto entre dos artes” (72-82) en la que su angulosa españolidad empieza a italianizarse o “limarse” (65); y, en la tercera, se concluye con un Garcilaso acabado —sin “residuos inarmónicos” (48)— que, a pesar de haber asimilado todo el Renacimiento italiano y permanecido en toda su raíz hispánica, se revela como absolutamente esencial:

Ahora bien: los cancioneros, March, Petrarca, Sannazaro y Virgilio; en segundo término Horacio, Ovidio, Ariosto, Tansillo, Bernardo Tasso...; todos son circunstancias más o menos actuantes, pero circunstancias al



fin, en el gradual enriquecimiento del mundo poético de Garcilaso. Sirvieron de guía en unos casos, de estímulo en otros, o se limitaron a proporcionar materiales para la labor creadora. En general fueron revelando al poeta *lo que llevaba dentro de sí* y no había puesto en juego. (175; énfasis mío).

El Garcilaso resultante que describe Lapesa es un ser peculiarmente interesante si lo consideramos en relación a la intensa polémica sobre la identidad del Renacimiento español y a la situación de los años cuarenta en España. Lapesa parece haberlo concebido en un laboratorio perfectamente aséptico. Es un Garcilaso de fantástico temple: es europeo, pero no revolucionario ni alocado; es español, pero no impetuoso o agresivo, sino meditativo. En su españolidad, Lapesa lo describe muy cercanamente a la caracteriología nacional que Menéndez Pidal había señalado en su estudio de 1947. Garcilaso parece tener la misma "sobriedad material y ética" (x), el mismo "sosiego" o "grave serenidad" (xvi), la misma "apatía estoica" (xvii), la misma "dignidad innata" (xvii), que distingue, de acuerdo con Pidal, el mejor sesgo del talante castellano. En su estado más cumplido, Garcilaso "no gusta ya de las violencias expresivas ni se abandona a la impetuosidad" (152). Es sobre todo y ante todo un "estoico" (144), que "busca el justo medio" (151), que sabe medirse a sí mismo y sabe también ser fiel a sí mismo en las más adversas circunstancias: "Sí, en el 'monte espeso de las diversidades' el poeta sabe mantenerse igual a sí mismo" (151). Incluso en el tratamiento de los temas de más clara genealogía epicúrea, como el *Carpe Diem*, nos dice Lapesa: "Su interpretación del tema no muestra el alocado júbilo de Lorenzo el Magnífico, la gracia despreocupada de Bernardo Tasso ni la viva galantería de Ronsard; se distingue, en cambio, por un sello de dignidad que da elegancia al epicureísmo" (154). Así pues, frente a esta alegría italiana exageradamente sensual, Garcilaso contrasta la seriedad que le proporciona su "viril estoicismo" (145). Gracias a la permanencia de este rasgo "de honda raigambre española" (65), Garcilaso siempre repudiará las "lamentaciones sin nervio" (65), de modo que ni siquiera la "conquista" de la sensibilidad de Petrarca podrá domeñar "la recia inspiración grata al poeta castellano" (81). La influencia de Petrarca —Lapesa es verdaderamente insistente en este punto— nunca llega a doblegar por completo la sobria hombría castellana de Garcilaso, "su potente subjetividad" (82): "La creciente influencia de Petrarca y de los clásicos va limando angulosidades.... Pero en todo momento se mantienen dos notas de honda raigambre española: una es la contención recatada...; otra es la altiva independencia con que el poeta defiende la autonomía de su espíritu y transforma en viril resolución el abrazo con el destino adverso" (65).<sup>17</sup>

No obstante, y para que la vigorosa virilidad de Garcilaso no deje

nunca de resultar discreta, sobria o equilibradamente justa, Lapesa parece tener muy presente el mito masculino del donjuanismo hispánico y, así, nos muestra a Garcilaso como muy poco amigo de los juguetes o "discreteos" cancioneriles (72), insistiendo en que su arte es de "sinceridad" (169, 171, 173, 176) aunque, una vez más, sin hacer de su vida íntima un patético espectáculo petrarquista (65, 173), ni caer tampoco en la avara o austera represión sentimental propia de los poetas cancioneriles (30-31). El efecto combinado de este detallado análisis de Lapesa proyecta a Garcilaso como el típico caballero español —serio, circunspecto y, desde luego, varonil; un tipo más pintoresco que real—, aunque sutilmente tocado o domado por la alegría sensual, femenina o italiana —en Lapesa son sinónomos— del Renacimiento; algo así como *El caballero de la mano en el pecho* de El Greco con la sonrisa de la *Gioconda*, si tal cosa es posible de imaginar. Garcilaso, tal como lo concibe Lapesa, no es enteramente ni lo uno ni lo otro, más bien está justa y consistentemente en el medio de todo: un representante ideal de la *aurea mediocritas*.

Para poder justipreciar hasta qué punto este estoicismo viril de Garcilaso de la Vega, ligeramente limado o tocado por la alegría italiana y femenina del Renacimiento, pretende ser una solución de equilibrio en una simbólica balanza nacional-europea, se hace necesaria la comparación entre ésta y esas otras versiones genéticas del español en que Lapesa ha podido inspirarse. Angel Ganivet, para empezar, hablaba del senequismo viril español o, mejor dicho, lo prescribía, como la mejor fórmula para contener las energías nacionales dentro de las fronteras peninsulares; para evitar que España siguiera "*desparramándose* por extensos territorios" (156; énfasis mío), o, lo que es lo mismo, para contrarrestar un espíritu conquistador que, en su opinión, además de falso e indigno de la nación de Séneca, no sería menos ridículo para España que los amores de un viejo don Juan trasnochado:

Ninguna acción exterior puede conducirnos a restaurar la grandeza material de España, a reconquistarle el alto rango que tuvo: nuestras nuevas empresas serían como las pretensiones de esos viejos impenitentes que, en lugar de resignarse y consagrarse al recuerdo de sus nobles amores juveniles, se arrastran en busca de amores fingidos, de nuevas caricias pagadas, de parodias risibles, cuando no repugnantes de la vida sentimental. (156)<sup>18</sup>

Confrontando muy directamente este estoicismo tan controlado y tan afecto al 98, Ernesto Giménez Caballero, en su afán de despertar nuevamente el espíritu conquistador y guerrero para el movimiento falangista, hacía apología de la "chulería" como metáfora del verdadero ser hispánico y reverenciaba a "los conquistadores de América," "los

combatientes contra el sarraceno," "los guerrilleros contra Napoleón," "los toreros," "los chulitos castigadores y apasionados," "la gente con sangre en las venas" (199). A lo viril estoico Giménez Caballero superpone "lo chulo" como "una categoría hispánica de gran estrato racial:" "La 'chulería' es el heroísmo hispánico degenerado. Pero heroísmo al fin que puede regenerarse un día. En cuanto se le dé una alta meta nacional" (199). Entre los extremos de Ganivet y Giménez Caballero, el Garcilaso de Lapesa es toda una propuesta de armonía y concordia: es europeo sin dejar de ser estoico y es español sin llegar a ser nunca un chulito castigador.

Cuando Garcilaso alcanza lo que Lapesa denomina "la fórmula definitiva" (65), aparece convertido en el hombre que, al parecer, siempre quiso ser: un hombre que ansía vivir a solas consigo mismo, que estima y disfruta su soledad de *Beatus*, su "ocio clásico" (87), y que, desde un cierto *taedium vitae* (142), se consagra como poeta intimista (174), contemplativo (172), despierto a la belleza "del mundo exterior; primero de la hermosura femenina, después del paisaje" (170), sin dejarse caer nunca en el extremo de lo indecorosamente sensual. Y, en fin, en el momento más pleno de la Egloga III, "Garcilaso ha aprendido a refugiarse en el arte. El hastío y los desengaños llegan a olvidarse cincelandos versos e imaginando frondosas espesuras y gráciles ninfas. La poesía es ahora un medio para escapar la realidad" (158). El Garcilaso de la plenitud total se resuelve como un varón estoico, que, tras alcanzar el don de la apatía, encuentra en el arte de la poesía lírica el sagrado o la torre de marfil para escaparse de la tediosa realidad. La "fórmula definitiva" que hace de Garcilaso un poeta en plenitud es, pues, resultado de un proceso o trayectoria alquímica desde el mundo exterior de las "circunstancias" a la introspección ensimismada en el "ser" eterno.

Otra forma de apreciar la reconfiguración que de Garcilaso efectúa Lapesa es prestando atención a todo lo que no dice. De Lapesa se podría decir aquello que tan misteriosamente decía Cide Hamete Benengeli de su obra, que merecía apreciarse "no por lo que escribe sino por lo que ha dejado de escribir." Lapesa nos ofrece, casi literalmente, lo que se nos dice en el título: una trayectoria *poética* de Garcilaso. No me refiero con esto a la multitud de ausencias que se pudieran señalar en cualquier estudio de mediana envergadura, sino única y exclusivamente a aquellos temas cuya ausencia resulta bastante significativa en relación al "problema" del Renacimiento español antes y después de la guerra: en relación a su maestro, Américo Castro, y a su compañera de estudios, Margot Arce, pongamos por caso, y, cómo no, en relación también a los poetas de la revista *Garcilaso*. Frente a las posibilidades políticas del Garcilaso librepensador que enfatizaron los primeros o del ortodoxo fascista de los segundos, el estudio de Lapesa sorprende por su mentís casi completo a la ideología política y religiosa de Garcilaso.

Sobre la identidad religiosa de Garcilaso, Lapesa nada dice explícitamente en defensa de su paganismo, su catolicismo o sus posibles conexiones con el cristianismo erasmista. En su comentario a la Egloga I, Lapesa recuerda como "sugestiva" la teoría de la ambivalencia religiosa de Garcilaso propuesta por Gregorio Marañón. Sin embargo, una vez planteada la posibilidad de que Garcilaso fuera "seguramente ortodoxo, pero con posibles conexiones al erasmismo" (124), la abandona como una teoría que ya ha sido barajada anteriormente y que, en todo caso, no tiene la mayor importancia en el escrutinio poético: "cualesquiera que fuesen los conductos que enlazaran las cavernas de su yo profundo con la polarización de los sentimientos de sus pastores, continuó con ella una tradición literaria preexistente" (124).<sup>19</sup> Más adelante, en el comentario de la invocación de Nemoroso "Divina Elisa, pues agora el cielo" (Egloga I, vv. 394-407), Lapesa apunta muy de pasada que es "esencialmente petrarquesco, este anhelo ascensional" o, dicho con otras palabras, que estamos ante una "beatitud" imaginada "como un idilio puramente humano" (139). Esto, que es lo más comprometido que Lapesa dice en cuanto al tema, fue entendido por Otis H. Green, en su reseña de *La trayectoria*, como una afirmación del paganismo de Garcilaso o como una sospechosa evasión por parte de Lapesa con respecto a un tema tan importante como su cristianismo: "The analysis of Egloga I touches on but does not solve the important problem of Garcilaso's attitude toward the Christian faith in which he was reared" (171). En un estudio posterior, Green se propuso demostrar que, en la invocación a Elisa, Garcilaso —como se debía a su educación— "is aspiring to a legitimately Christian beatitude" (1953, 272), aduciendo a su favor un fragmento bastante incompleto de una carta de Lapesa en la que éste le explicaba lo que había querido decir en primer lugar. Tal como la transcribe Green, la carta de Lapesa dice lo siguiente: "el pretendido paganismo ... es, cuando menos término equívoco: exacto en cuanto a actitudes vitales . . . , pero falso si con "paganismo" se quiere dar a entender un abandono consciente e intencionado de esa ideología y de esa moral [católicas] . . . Sin cristianismo no se hubieran escrito los maravillosos tercetos del soneto XXV" (271).

Puesto que hay que suponer que la palabra "católicas" la sobreentiende y añade Green, de lo que queda del resto de la carta sólo se puede interpretar que Lapesa mismo da una equívoca sentencia al asunto y que, en todo caso, está más cerca de admitir en Garcilaso un cristianismo más o menos abandonado en sus "actitudes vitales" —si bien inconscientemente o sin intención— que una actitud católica más o menos fanática. En la edición de 1985, Lapesa puntualiza en una nota a pie de página "lo que entonces quise decir" y vuelve a ser evasivo, admitiendo el catolicismo de Garcilaso como una cuestión de fe pero sin admitir nunca

el catolicismo de la Egloga I como una cuestión objetiva: "Nunca he dudado respecto al catolicismo de Garcilaso; pero a diferencia de lo que ocurre en los 'campos con verdad frescos y amenos' de Fray Luis de León, Garcilaso no hace alusión al goce beatífico de la contemplación de Dios, sino sólo a la visión y compañía de la amada" (139).

Por consiguiente, el "anhelo ascensional" de la Egloga I no tiene nada de religioso o de "extraterrestre," como habría dicho Azorín, aunque de ello no se debe extraer, según Lapesa, ninguna conclusión coadyuvante: Garcilaso pudo muy bien ser católico ortodoxo pero su poesía no se puede aducir como documento. Esta puntualización, que de haber aparecido en la edición de 1948 podría haber sido tema de mayores polémicas, demuestra hasta qué punto Lapesa se cuidó entonces de no proponer la calidad humana del amor de Garcilaso desde una confrontación tan a las claras con Dios o con la iglesia.<sup>20</sup>

Lapesa, de hecho, hizo todo lo contrario: propuso como índice de la seriedad estoica de Garcilaso su cuidado o repugnancia en no mezclar lo sagrado con lo profano: "La poesía del siglo XV aplicaba frecuentemente motivos religiosos al requerimiento del amor humano. Pero esta irreverente mezclanza es ajena a la postura espiritual, seria y respetuosa, de Garcilaso, que suele poner cuidado en evitarla" (53).<sup>21</sup> Parece que Lapesa se pilla algo los dedos aquí. Si Garcilaso es más religioso o reverente porque evita consistentemente la religión en su poesía humana, la invocación a Elisa no puede ser más que una de dos cosas: o es decididamente pagana, con lo cual Garcilaso sería menos religioso de lo que Lapesa afirma, o es un irreverente resabio medieval, con lo cual Garcilaso sería menos respetuoso con la religión de lo que Lapesa pretende.

El silencio de Lapesa en cuanto a la carrera política de Garcilaso es igualmente equívoco. Para empezar, Lapesa obvia en su estudio hasta un resumen mínimo de la biografía del poeta, dándolo como algo suficientemente conocido o suficientemente aclarado. Con ello, Lapesa evade completamente la problemática identidad política de Garcilaso y ni entra ni sale en cuestiones tan espinosas como la guerra de las Comunidades, la relación con Carlos V, la relación con su hermano mayor (el comunero don Pedro Lasso), el destierro de la corte, la vida de cortesano o la profesión de las armas. El destierro, por ejemplo, sólo queda aludido cuando Lapesa lo considera como algo superado, pero nunca como un tema evidente en la poética de Garcilaso. El caso de la Canción III o "Canción del destierro" es particularmente interesante. Lapesa la presenta como "la última creación garcilasiana anterior a la *permanencia* en Nápoles" (81; énfasis mío), no como la canción del destierro en el Danubio, ni, menos aún, como la última creación garcilasiana anterior al destierro en Nápoles. Una vez en Nápoles, Lapesa habla en pasado del "confinamiento en el Danubio" (87), como un problema que, si pudo ser importante —no lo

fue en el comentario—, ya no lo es: “Pero en Nápoles se encontró rodeado por humanistas y poetas que al principio debieron de aconsejarle y muy pronto le admiraron. El amador dolido, el cortesano en destierro, halla afectuosa acogida en aquel ambiente de refinamiento y, cicatrizadas las heridas, disfruta, por vez primera desde varios años, la tranquilidad de ánimo, el ocio clásico” (87; énfasis mío). Nápoles, consecuentemente, es la ciudad del placer y la iluminación poética de Garcilaso, la ciudad del “quedeme y olvideme,” nunca un contexto para su carrera política.

En cuanto a Garcilaso como soldado imperial, Lapesa no tiene más remedio que mirar de frente a la presencia de la guerra en el comentario a la Egloga II, y lo hace, pero, de nuevo, con su característico tono ambivalente, proponiendo por un lado y borrando por el otro: “Como caballero valeroso peleó en Navarra, Toscana, Africa y Provenza, y supo dar la vida en aras del pundonor militar; pero sólo excepcionalmente hizo de la guerra tema literario” (111).

El silencio de Lapesa respecto a la carrera militar de Garcilaso cobra mayor importancia en relación al tópico de las armas y las letras. Y es que, frente a la cultura oficial, donde la unión de las armas y las letras ha cobrado una importancia que nunca antes había tenido, y donde Garcilaso se valora muy precisamente por su condición de poeta-soldado, Lapesa se caracteriza por un más que sospechoso desapego al tema de las armas. Entre las armas y las letras, Lapesa se queda con las letras, borrando casi completamente al soldado del soldado-poeta. Las armas y las letras — quiero ser enfática en este punto— viene a ser la única disyuntiva para la cual Lapesa no propone la solución de la *concordia discors*. Tal vez en este contexto adquiera sentido esa obsesión suya por señalar a cada momento la potente virilidad de Garcilaso como su marca más permanente de españolidad. Dejando a Garcilaso sin una sola de las armas pero con todas las letras de Europa y toda la hombría del español eterno, Lapesa consigue anular, por un lado, el prestigio que las armas han adquirido en la cultura oficial y, por otro, la ineficacia política del intelectual liberal bajo la Dictadura: la castración de la Dictadura, por así decirlo.

Pues bien, si es cierto que la historia de Lapesa —me temo que mucho más que la de Garcilaso— explica que *La trayectoria poética de Garcilaso de la Vega* sea tan rigurosamente poética, tan moderada, tan equilibrada y tan continua, creo que también hay que buscar en la historia española reciente las razones del éxito y la trascendencia que esta obra ha tenido. En este sentido es revelador que Lapesa sea, además de académico de la historia y de la lengua y reduciendo mucho su *Curriculum Vitae*, “Caballero de la Legión de Honor; Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, de la Orden de Andrés Bello y de la de Isabel la Católica; Premio Nacional de Investigación ‘Menéndez Pidal’ 1983; Premio ‘Príncipe de Asturias’ de las Letras (1986); Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes (1986) . . .”<sup>22</sup>

Lapesa es mucho más que un filólogo importante, es toda una institución en España. La mayoría de estos premios le fueron concedidos en la transición del Franquismo a la democracia e ilustran bien el valor que, a partir de entonces, Lapesa y su obra han adquirido como capital nacional. Y es que la transición ha elevado conductas como la de Lapesa a la categoría de ejemplares o heroicas. Lapesa no fue un exiliado ni un colaborador del Régimen; no fue, en otras palabras, ni lo uno ni lo otro. Frente al franquista o al exiliado, ejemplos ambos que traen a la memoria las heridas del pasado y que dificultan, por tanto, la convivencia presente, el ejemplo de Lapesa es perfecto, idóneo, para hablar de continuidad o, lo que es lo mismo, para olvidar.

Cuando Rafael Lapesa cumplió los 90 años en febrero de 1998, año de tantas y tantas conmemoraciones y efemérides en España, no faltaron palabras de recuerdo y homenaje en periódicos como *ABC* o *El País*. El juicio que se prodigaba en los medios de comunicación a propósito de su cumpleaños venía a ser más o menos éste: Rafael Lapesa merece el recuerdo y el aprecio de todos los españoles no ya por haber sido un intelectual de talla internacional, sino por haber dado la talla durante la difícil época del Franquismo. Como decía Julián Marías, Lapesa es artífice "de algo que en España es precioso: la continuidad" (3). O, como Javier Abad escribía para *El País*, Rafael Lapesa "representa ante la sociedad española el testimonio de la tradición liberal y de lo mejor de nuestro pasado más inmediato" (34). Su ejemplo, en otras palabras, hace posible anular u olvidar la Dictadura franquista y todas sus rupturas para, en su lugar, poder hablar de continuidad, de herencia, de tradición liberal y democrática.

Es importante notar, para terminar, que Lapesa volvió a publicar su obra exactamente en mayo del 68: el mayo revolucionario; y, de nuevo, y por partida doble además, en 1985. En la "advertencia a la segunda edición," fechada en "Madrid, mayo de 1968," Lapesa se pronuncia sobre la necesidad de volver a publicar su trabajo a pesar de los 20 años transcurridos y, también, sobre su intención de dejar correcciones y enmiendas para mejor ocasión: "La primera edición de este libro, aparecida en 1948, se agotó en 1952. Desde entonces he tenido el proyecto de ampliar mi comentario e incorporar a él las aportaciones de los nuevos estudios garcilasianos que iban publicándose. Pero absorbido por otros quehaceres me ha sido imposible reelaborar mi libro de 1948 . . . Quede todo para ocasión mejor" (13).

Parece que la ocasión que Lapesa esperaba se materializó sobradamente en 1985. Sin duda es llamativo que, en el mismo año, Alianza Universidad reeditara la versión original de 1948, convirtiéndola así en manual universitario por excelencia, y la Editorial Istmo publicara una nueva edición corregida y aumentada que viene a ser la misma versión

original de *La trayectoria* con la adición de algunas notas y apéndices. "Madrid, marzo de 1985" cierra la advertencia a esta edición (10): el mismo marzo en que España aseguraba finalmente su ingreso en la Comunidad Económica Europea.<sup>23</sup> ¿Es una coincidencia? No lo creo. Marzo de 1985 era, para Lapesa, la esperada ocasión que demostraba el triunfo efectivo de su visión y, para la nueva democracia, el reconocimiento de una identidad europea que, lejos de ser nueva y estar por estrenar, resultaba ser tan antigua, tan legítima y tan española como la trayectoria poética de Garcilaso de la Vega.

### Notas

<sup>1</sup>Todas las citas de *La trayectoria poética de Garcilaso de la Vega* proceden de la edición corregida y aumentada de 1985. Es importante notar que, aunque Lapesa amplió esta nueva edición de su obra con 3 apéndices y 2 estudios, mantuvo el texto original de 1948 sin apenas más cambios que la adición de algunas notas a pie de página. Cualquier cita que no corresponda al texto original será, por tanto, convenientemente señalada. Por ser importante para la comprensión de este trabajo, todas las citas que no correspondan a primeras ediciones incluirán una referencia a la fecha original de ésta en la bibliografía.

<sup>2</sup>Desde finales de los setenta, buena parte de la crítica garcilasista ha insistido en el carácter ficticio de la obra de Lapesa calificándola como una "bella invención" o una historieta sin fundamento además de como un verdadero impedimento para la evaluación del arte poético de Garcilaso (Iglesias Feijoo, 66). La trilogía obligada en este proceso revisionista son los trabajos de Frank Goodwin (1978), Pamela Waley (1979) y David H. Darst (1979). Es importante aclarar que esta corriente crítica no se caracteriza, sin embargo, por la voluntad historicista. Alegando que a Garcilaso le sobraban, de hecho, demasiadas historietas —la musa Isabel de Freyre como primera entre todas ellas—, la crítica ha insistido en desvincular a Garcilaso de la historia elevándolo a la pura metafísica textual. Así, la presencia o apariencia de realidad en la poesía de Garcilaso se considera "a mere verbal appearance," como ha dicho Mary Barnard (15), o, como ha dicho Paul Julian Smith, "an effect of language, not of life" (53). Este afán por considerar a Garcilaso como un fabuloso espejismo gramatical ha sido, en mi opinión, enormemente contraproducente a la hora de justipreciar la obra de Lapesa y la pertinencia de la "vida."

<sup>3</sup>De acuerdo con Francisco Abad, esta asociación de Lapesa con la *Revista de Occidente* no es fruto de la casualidad: "No resulta acaso casual que poco después de nuestra guerra, cuando las ediciones de la *Revista de Occidente* contribuían a la reconstrucción de la razón, publicasen el bello libro de Rafael Lapesa *La trayectoria poética de Garcilaso*: sin duda, un mismo espíritu aunaba a autor y editor" (34).

<sup>4</sup>Tras la victoria de las tropas aliadas, se optó por el ostracismo del Régimen en lugar de la intervención contra Franco. Este ostracismo, que empezó a ser plenamente efectivo a partir de 1946, sólo empezó a aliviarse en el contexto de la Guerra Fría. España no volvería a ser readmitida en la O.N.U. hasta diciembre de



1955 (Carr 710-15; Powell 19-22).

<sup>5</sup>La larga y cruenta batalla del Ebro (julio-octubre de 1938) fue planeada por el ejército republicano para frenar el avance de Franco hacia Valencia. Fue la última ofensiva republicana, la victoria más definitiva del ejército nacional y, por lo tanto, prácticamente el final de la Guerra Civil (Carr 690-4). "La batalla del Ebro — decía con orgullo fascista Ernesto Giménez Caballero— ha tenido en esta guerra un valor tan decisivo para la unidad y la victoria como lo tuvieron en la alta Edad Media las gestas de Castilla y Aragón sobre el Mediterráneo y sus piraterías" (4). Estas palabras de Giménez Caballero proceden de la "Nota de 1939 para las nuevas ediciones" que el autor añadió a su obra de 1932.

<sup>6</sup>Sobre la trascendencia de ambos "desastres" en la aparición y polarización de los mitos sobre la identidad nacional de España, véanse, entre otros, Mainer (1981), Pasamar Alzuria, Boyd y Valera (1999).

<sup>7</sup>De entre todos los ejemplos de esta reconfiguración de la idea de Imperio en la posguerra, destaca la obra de Juan Beneyto Pérez, *España y el problema de Europa. Contribución a la historia de la idea de Imperio* (1942). Según Pasamar Alzuria, esta obra, la "más significativa de su género," pretendía "trazar una retrospectiva histórica para influir en la potencial decisión de participación del Régimen en una futura Europa fascista que se creía factible en 1941" (99). La derrota del Eje y el ostracismo a que España fue sometida a partir de 1945 fue interpretada por la ideología oficial como un desgraciado triunfo de lo que Beneyto había caracterizado como el "Anti-imperio" (363) y, consecuentemente, como una prueba más de la fidelidad del Régimen a su herencia imperial.

<sup>8</sup>La división de la obra de Américo Castro en una etapa europeísta y otra españolista o singularista procede de Guillermo Araya y está plenamente basada en las palinodias del propio Castro. Javier Valera, en cambio, considera el europeísmo de Castro como "una ilusión retrospectiva" del autor (1999, 278), y apuesta por la "continuidad esencial" de su españolismo antes y después de la Guerra Civil (266).

<sup>9</sup>Por la agresividad con que Menéndez Pelayo condena y desnacionaliza el pensamiento liberal, merece la pena recordar por extenso el epílogo de la *Historia de los heterodoxos españoles*, de donde procede esta famosa cita: "España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio . . . esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. . . Dos siglos de incesante y sistemática labor para producir *artificialmente* la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido no renovar el modo de ser nacional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle. Todo lo malo, todo lo anárquico, todo lo desbocado de nuestro carácter se conserva ileso, y sale a la superficie cada día con más pujanza . . . No nos queda ni ciencia legítima, ni política nacional, ni, a duras penas, arte y literatura propia. Cuanto hacemos es remedo y trasunto débil de cuanto en otras partes vemos aclamado . . . Con la continua propaganda irreligiosa, el espíritu católico, vivo aún en la muchedumbre de los campos, ha ido desfalleciendo en las ciudades; y, aunque no sean muchos los librepensadores españoles, bien puede afirmarse de ellos que son de la peor casta de impíos que se conocen en el mundo, porque, a no estar dementado como los sofistas de cátedra, el español que ha dejado de ser católico es incapaz de creer en cosa ninguna, como no sea en la impotencia de

un cierto sentido común y práctico, las más veces burdo, egoísta y groserísimo" (II, 1194; énfasis del autor).

<sup>10</sup>Para una evaluación del Centro de Estudios Históricos y la labor de Menéndez Pidal y sus discípulos y colaboradores, véanse, además del propio Lapesa (1979), Tomás Navarro Tomás, Javier Varela (1993) y Carolyn P. Boyd (147-50). Nada más terminar la guerra, el Centro fue clausurado junto con el organismo de que dependía, la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. El 24 de Noviembre de 1939 se fundó de manera "apresurada y precoz" el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, "órgano científico supremo" (Pasamar Alzuria, 43) que funcionaba "como heredero de hecho pero al propio tiempo como contrarréplica ideológica de la famosa «Junta para Ampliación de Estudios», de flexible pero indudable inspiración liberal-institucionista" (Elías Díaz 39).

<sup>11</sup>"Mi obra hispánica aspira a ser constructiva y alentadora, en forma distinta a como yo la concebía hace unos cuarenta años. Intenté entonces sacar a la luz lo que en España hubiese habido de europeísmo (erasmismo, pensamiento 'renacentista,' ilustración del siglo XVIII) sin bucear previamente en las honduras del ser colectivo, sin darme cuenta de que todos continuábamos quejándonos, renegando de nuestro sino, soñándonos, ennegreciéndonos por dentro mucho más que lo hacían las leyendas negras" (iii).

<sup>12</sup>Américo Castro y Tomás Navarro Tomás salieron al exilio y se vincularon a universidades americanas (Abellán, 225-27). Menéndez Pidal, considerado como un peligroso elemento liberal, fue sistemáticamente apartado de la academia durante los primeros años de la Dictadura (Lapesa 1979, 77-78; Catalán 121-22). Rafael Lapesa, por su parte, pasó varios años a caballo entre los Estados Unidos y España: "Fui para un año y al final pasé allí cinco. Castro pensó que me quedaría, pero España me tiraba mucho" (Villena 34).

<sup>13</sup>Cito de las "advertencias preliminares a ediciones anteriores" que se recogen en la novena edición de 1981.

<sup>14</sup>Cito de la transcripción que da Jorge Urrutia en su estudio (130-31). A propósito de la ideología fascista del manifiesto poético y los paralelos que los jóvenes franquistas encuentran en Garcilaso dice Urrutia: "Merece la pena detenerse, sin embargo, para comprobar cómo Garcilaso es para los poetas directores de la revista un militar y de qué modo se muestran en paralelo las vidas del poeta renacentista y de los jóvenes franquistas. Toledo es una capital importante: capital del Imperio de Carlos y mitificada por el ejército rebelde, durante la guerra civil de 1936-39, con motivo de la lucha por la toma de su alcázar. Poetas militares, estos jóvenes ven en Toledo la ciudad de un múltiple renacimiento: el Renacimiento (con mayúscula), el nacer de una nueva España tras la ideología franquista y el renacer de la poesía española, ahogada por las poéticas surrealistas. Garcilaso les sirve como triple modelo también: por su vida militar, por su verbo poético y por su muerte ejemplar" (131).

<sup>15</sup>La opinión que Vivanco y Rosales tienen de Boscán es, por el contraste, incluso más iluminativa: "Juan Boscán, ni en su vida ni en su obra poética se parece nada a su amigo. Al buen burgués de Barcelona ni siquiera la muerte temprana y fabulosa de éste logra arrancarle un verso valiente y vigoroso" (xvi).

<sup>16</sup>Arce y Lapesa se conocieron en el Centro de Estudios Históricos a mediados de los años 20. La puertorriqueña Margot Arce había llegado al Centro gracias a una

beca de la Junta para la Ampliación de Estudios. En la dedicatoria de su libro de 1930, *Garcilaso de la Vega: Contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI*, además de agradecer al Estado español su ayuda, reconoce con igual agradecimiento el magisterio de Américo Castro "que orientó y dirigió con certeras y luminosas indicaciones mi labor" y, más indirectamente, el de Tomás Navarro Tomás, "erudito comentador de Garcilaso" (6).

<sup>17</sup>Y, de nuevo, en la conclusión: "Petrarca trazó el camino seguido por la poesía más íntima de Garcilaso . . . ; domó su vigorosa impetuosidad, haciéndola compatible con la dulzura y la armonía" (174).

<sup>18</sup>El amor a una sola mujer (España) es, pues, la solución de Ganivet contra esta desastrosa degeneración de la libido conquistadora. De ahí que esta sección del *Idearium* dé comienzo con las palabras que Segismundo, héroe de *La vida es sueño* de Calderón, pronuncia al despertar de lo que piensa no fue más que un sueño: "sólo a una mujer amaba" (152). De ahí también que la sección anterior concluya con una sentencia trastocada de San Agustín: "*Noli foras ire, in interiore Hispaniae habitat veritas*" (151).

<sup>19</sup>Aunque no es éste el momento de profundizar en la lectura de Marañón, es conveniente recordarla por cuanto ayuda a percibir mejor el cuidado que Lapesa pone en sortear cuanto antes el espinoso terreno ideológico. Marañón, uno de los tantos republicanos que renunciaron a la República tras la victoria del Frente Popular del 16 de Febrero y que, desde el exilio, apoyaron públicamente el alzamiento de Franco, también aprovechó a Garcilaso de la Vega como principio de legitimidad histórica. En un estudio de 1940, Marañón entonaba un interesante "elogio de la fluctuación" presentando a su paisano Garcilaso como un "ejemplar típico" de esa "maravillosa" y "generosa" cualidad que es la ambivalencia (78); cualidad que en Marañón se define como "un sentimiento de apetencia de todas las posibilidades" (77), y que Garcilaso ejemplifica en grado ejemplar porque ambivalentes "fueron sus amores, así, quizá, su actitud ante las luchas civiles de su tiempo; quien sabe si así también su religiosidad" (78).

<sup>20</sup>Para apreciar la cautela y prudencia de Lapesa en cuanto al humanismo de Garcilaso, nada mejor que recordar la insolencia con que Azorín se pronunciaba sobre el mismo tema en 1915: "Garcilaso es, entre todos los poetas castellanos, el único poeta exclusiva e íntegramente laico. No sólo entre los poetas constituye una excepción, sino entre todos los escritores clásicos de España. En la obra de Garcilaso no hay ni la más mínima manifestación extraterrestre. Todo es humano en él" (57-58).

<sup>21</sup>En este cuidado, según Lapesa, Garcilaso supera también a Petrarca: "Había en Petrarca un lastre medieval, procedente del *dolce stil nuovo*, que le impulsaba a idealizar su amor presentándolo como estímulo de espiritualidad . . . La pasión de Garcilaso es sólo y totalmente humana, y la justificación mediante subterfugios repugna a su sinceridad" (173).

<sup>22</sup>Cito de la página electrónica que publica la Real Academia Española.

<sup>23</sup>Las negociaciones sobre la entrada de España en la C.E.E culminaron en marzo de 1985, concluyendo así un proceso que había comenzado en 1979. El tratado de acceso sería firmado unos meses después, el 12 de Junio de 1985 (Story 43; Toviás 88).

## Obras citadas y bibliografía

- Abad, Francisco. "En los 90 años de Rafael Lapesa." *El País* (8 de febrero de 1988): 34.
- Abellán, José Luís. *Revistas, pensamiento, educación*. Vol. 3 de *El exilio español de 1936*. Madrid: Taurus, 1978.
- Araya, Guillermo. *Evolución del pensamiento histórico de Américo Castro*. Madrid: Taurus, 1969.
- Arce de Vázquez, Margot. *Garcilaso de la Vega. Contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI*. 1930. 2ª ed. Río Piedras: Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961.
- Azorín (Martínez Ruiz, José). *Al margen de los clásicos*. 1915. Ed. Rafael Caro Raggio. Madrid: Caro Raggio, 1921.
- Barnard, Mary E. "Correcting the Classics: Absence and Presence in Garcilaso's Third Eclogue." *Revista de Estudios Hispánicos* 26 (1992): 3-20.
- Beneyto Pérez, Juan. *España y el problema de Europa. Contribución a la historia de la idea de Imperio*. Madrid: Editora Nacional, 1942.
- Boyd, Carolyn P. *Historia Patria: Politics, History, and National Identity in Spain, 1875-1975*. Princeton: Princeton UP, 1997.
- Carr, Raymond. *Spain (1808-1975)*. 1966. 2ª ed. Oxford: Oxford UP, 1989.
- Castro, Américo. "Seamos dueños y no siervos de nuestra historia." 1962. *La realidad histórica de España*. 9ª ed. México, D.F.: Porrúa, 1987. i-xv.
- Catalán Diego. "El modelo de investigación pidalino cara al mañana." *¡Alza la voz pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1979. 81-124.
- Darst, David H. "Garcilaso's Love for Isabel de Freyre: the Creation of a Myth." *Journal of Hispanic Philology* 3 (1979): 261-68.
- Díaz, Elías. *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1973)*. Madrid: Edicusa, 1974.
- Ganivet, Angel. *Idearium español*. 1897. 6ª ed. Madrid: Victoriano Suárez, 1933.
- Gillespie, Richard, Fernando Rodrigo & Jonathan Story. *Democratic Spain: Reshaping External Relations in a Changing World*. London: Routledge, 1995
- Giménez Caballero, Ernesto. *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*. 1932. Prólogo de Fernando Sánchez Dragó. 8ª ed. Barcelona: Planeta, 1983.
- Goodwyn, Frank. "New Light on the Historical Setting of Garcilaso's Poetry." *Hispanica Review* 46.1 (1978): 1-22.
- Goytisolo, Juan. "El 98 que se nos viene encima." *El País* (27 de marzo de 1997).
- Green, Otis H. "Review de *La trayectoria poética de Garcilaso de Rafael Lapesa*." *Hispanic Review* 18 (4): 1950. 69-72.
- \_\_\_\_\_. "The Abode of the Blest in Garcilaso's Egloga Primera." *Romance Philology* 6 (1953): 271-78.
- Ibañez Martín, José. "Prólogo general." 1940. *Historia de las ideas estéticas en España*. Vol.1 de *Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo*. Ed. José Ibañez Martín, Miguel Artigas y Ferrando and Enrique Sánchez Reyes. 3ª ed. Madrid : Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962. i-xx.

- Iglesias Feijoo, Luis. "Lectura de la Egloga I." *Garcilaso: Actas de la cuarta Academia Literaria Renacentista (Universidad de Salamanca, 2-4 de Marzo de 1983)*. Ed. Victor García de la Concha. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1986. 61-82.
- Lapesa, Rafael. "Advertencia a la segunda edición." *La trayectoria poética de Garcilaso de la Vega*. 2ª ed. Madrid: Alianza, 1968. 13.
- \_\_\_\_\_. "Advertencias preliminares a ediciones anteriores." *Historia de la lengua española*. 1942. 9ª ed. corregida y aumentada. Madrid: Gredos, 1981. 3-7.
- \_\_\_\_\_. "La Celestina en la obra de Américo Castro." *Estudios sobre la obra de Américo Castro*. Ed. Pedro Laín. Madrid: Taurus, 1971. 247-61.
- \_\_\_\_\_. *La trayectoria poética de Garcilaso de la Vega*. 1948. Edición corregida y aumentada. Bella Bellatrix. Madrid: Istmo, 1985.
- \_\_\_\_\_. "Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos." *¡Alza la voz pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1979. 43-79.
- Mainer, José Carlos. "De la historiografía literaria española: el fundamento liberal." Vol.2 de *Estudios sobre historia de España (Homenaje a M. Tuñón de Lara)*. Madrid: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981. 439-72.
- \_\_\_\_\_. *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. 1975. 3ª ed. Madrid: Cátedra, 1983.
- Marañón Gregorio. "Garcilaso, natural de Toledo." 1940. *Españoles fuera de España*. 6ª ed. Madrid: Espasa Calpe: 1968. 73-99.
- Maravall, José Antonio. *El humanismo de las armas en Don Quijote*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1948.
- Marías, Julián. "Dos amigos." *ABC* (22 de enero de 1998): 3.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. 1880-2. 2 vols. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid: Editorial Católica, 1956.
- Menéndez Pidal, Ramón. "Los españoles en la historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política." 1947. Prólogo general a la *Historia de España*. Ed. Ramón Menéndez Pidal. 3ª edición. Madrid: Espasa Calpe, 1963. ix-ciii.
- Navarro Tomás, Tomás. "Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos." *Anuario de Letras* 7 (1968-9): 9-24.
- Pasamar Alzuria, Gonzalo. *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1991.
- Powell, Charles T. "Spain's external realtions 1898-1975." Gillespie, Rodrigo & Story 11-29.
- Real Academia Española Home Page. "Exmo. Sr. D. Rafael Lapesa Melgar." 25 de Octubre de 1999. <<http://www.rae.es/NIVEL1/ACADNUM/NUMLAPE.HTM>>.
- Rosales, Luis y Luis Felipe Vivanco, antología y prólogos. *Poesía heroica del Imperio*. Madrid: Ediciones Jerarquía, 1940.
- Smith, Paul Julian. *Writing in the Margin. Spanish Literature of the Golden Age*. Oxford: Clarendon, 1988.
- Story, Jonathan. "Spain's External Relations Redefined: 1975-89." Gillespie, Rodrigo & Story 30-49.
- Tovias, Alfred. "Spain in the European Community." Gillespie, Rodrigo, and Story 88-105.

- Urrutia, Jorge. "El concepto de Garcilaso en la España del siglo XX." *Reflexión de la literatura*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1983. 115-143.
- Valera, Javier. *La novela de España: Los intelectuales y el problema español*. Madrid: Taurus, 1999.
- . "La tradición y el paisaje: El Centro de Estudios Históricos." *Los orígenes culturales de la II República*. Ed. José Luis García Delgado. Madrid: Siglo XXI, 1993. 237-73.
- Villena, Miguel Angel. "El inglés nunca podrá arrinconar al español. Rafael Lapesa. Académico y lingüista. *El País* (8 de febrero de 1988): 34.
- Waley, Pamela. "Garcilaso, Isabel and Elena: the Growth of a Legend." *Bulletin of Hispanic Studies* 56 (1979): 11-15.